

## ARGUMENTO

### DESTE PRIMERO LIBRO.

Este primero libro, cristiano lector, contiene una larga exhortacion á la virtud, que es á la guarda y obediencia de los mandamientos de Dios, en la cual consiste la verdadera virtud. Va repartida en tres partes principales. La primera persuade la virtud, alegando para esto todas las razones mas comunes que en esta materia suelen traer los sanctos, que son las obligaciones grandes que tenemos á Dios nuestro Señor, así por lo que él es en sí, como por lo que es para nosotros por razon de sus inestimables beneficios; y juntamente con esto, por lo que nos importa la misma virtud, lo cual bastantemente se prueba por las cuatro postrimerías del hombre, que son muerte, juicio, paraíso y infierno, de que en esta primera parte se trata.

En la segunda se persuade esto mismo, alegando otras nuevas razones, que son los bienes de gracia que de presente en esta vida se prometen á la virtud. Donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene, y se trata de cada uno en particular. Los cuales privilegios, aunque algunas veces tocan brevemente los sanctos, declarando la paz, y la luz, y la verdadera libertad y alegría de la buena consciencia, y las consolaciones del Espíritu Sancto (de que gozan los justos), que consigo trae comunmente la virtud; pero hasta agora no he visto yo quién de propósito tratase esta materia extendidamente y por su orden. Y por esto fué necesario un poco de mas trabajo, para entresacar y recoger todas estas cosas de diversos lugares de las sanctas Escrituras, y llamarlas por sus nombres, y ponerlas en orden, y explicar y acompañar cada una de ellas con diversos testimonios de sus mismas escrituras, y dichos de sanctos. La cual diligencia fué muy necesaria para que los que no se mueven al amor de la virtud con la esperanza de los bienes advenideros, por parecerles que están muy léjos, se moviesen siquiera con la utilidad inestimable de los que de presente andan en su compañía.

Mas porque no basta alegar todas las razones que hay para justificar una causa, si no se deshacen las de la parte contraria, para esto sirve la tercera parte deste libro, en la cual se responde á todas las excusas que los hombres viciosos suelen alegar para dar de mano á la virtud.

Y porque no se confunda el cristiano lector, sepa que este primer libro responde al primero de nuestro Memorial de la Vida Cristiana, el cual tambien contiene una exhortacion á la virtud; pero allí muy breve, como convenia á Memorial; mas aquí muy copiosa, donde se trata muy de propósito este tan necesario y noble argumento, al cual sirve todo lo bueno que en el mundo está escrito. Mas el segundo libro responde á la regla que allí escribimos brevemente de Vida Cristiana, la cual aquí va mucho mas extendida y acrecentada. Y porque la materia destes dos libros es la virtud, advierta el lector que por este vocablo no solo entendemos el hábito de la virtud, sino tambien los actos y oficios della, á los cuales este noble hábito se ordena; porque muy conocida figura es significar el efecto por el nombre de la causa, y el de la causa por su efecto.

## COMIENZA EL PRIMERO LIBRO

DE

# LA GUIA DE PECADORES,

EL CUAL CONTIENE

UNA LARGA Y COPIOSA EXHORTACION A LA VIRTUD,

Y GUARDA DE LOS MANDAMIENTOS DIVINOS.

### CAPITULO PRIMERO.

Del primero titulo que nos obliga á la virtud y servicio de Dios, que es ser él quien es; donde se trata de la excelencia de las perfecciones divinas.

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres, cristiano lector, á cualquier honesto trabajo. Una es la obligacion que por título de justicia tienen á él, y otra el fruto y provecho que se sigue dél. Y así es comun sentencia de todos los sabios, que estas dos cosas, conviene á saber, honestidad y utilidad, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven á todo lo que ha de hacer. Entre las cuales aunque la utilidad es comunmente mas deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es mas poderosa. Porque ningun provecho hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia de la virtud: así como ninguna pérdida hay tan grande que el varon sabio no deba ántes escoger, que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo cual siendo nuestro propósito en este libro convidar y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte mas principal, declarándoles la obligacion que tenemos á ella, por la que tenemos á Dios; el cual como sea la mesma bondad, ninguna otra cosa quiere, ni manda, ni estima, ni pide mas en este mundo que la virtud. Veamos pues agora con todo estudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para pedirnos este tan debido tributo.

Mas como estos sean innumerables, solamente tocarémos aquí seis de los mas principales, por cada uno de los cuales le debe de derecho el hombre todo lo que puede y es, sin ninguna excepcion. Entre los cuales el primero y el mayor, y el que ménos se puede declarar, es ser él quien es; donde entra la grandeza de su majestad y de todas sus perfecciones: esto es, la inmensidad incomprehensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su ma-

jestad, y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en él. Las cuales son tantas y tan grandes, que (como dice un doctor) si todo el mundo se hinchese de libros, y todas las criaturas dél fuesen escritores, y toda el agua de la mar tinta, ántes se hincharia el mundo de libros, y se cansarian los escritores, y se agotaria la mar, que se acabase de explicar una sola destas perfecciones, como ella es. Y añade mas este doctor, diciendo: Que si criase Dios un nuevo hombre, con un corazon que tuviese la grandeza y capacidad de todos los corazones del mundo, y este llegase á entender una destas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corria gran peligro no desfalleciese del todo ó reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaria, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.

Esta es pues la primera y la mas principal razon por la cual estamos obligados á amar, servir y obedecer á este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mesmos filósofos epicúreos, destruidores de toda la filosofía (pues niegan la divina Providencia y la inmortalidad del ánima), no por eso niegan la religion, que es el culto y veneracion de Dios. Porque á lo ménos, disputando uno dellos, en los libros que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, confiesa y prueba eficazmente que hay Dios, y confiesa tambien la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que merece ser adorado y venerado; porque esto se debe á la alteza y excelencia de aquella nobilísima substancia por solo este título, aunque mas no haya. Porque si acatamos y reverenciamos un rey aunque esté fuera de su reino, donde ningun beneficio recibimos dél, por sola la dignidad real de su persona, ¿cuánto mas se deberá esto á aquel Señor que, como dice Sant Juan (a), trae broslado en su vestidura y en su muslo, Rey de los reyes, y Señor de los señores? El es el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra; el cual dispone las causas, mueve los cielos, muda los tiempos, altera

(a) Apoc. 19. Isai. 40.



los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendra las cosas, influye en los planetas, y como Rey y Señor universal da de comer á todas las criaturas. Y lo que mas es, que este reino y señorío no es por sucesion, ni por eleccion, ni por herencia, sino por naturaleza. Porque así como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella nobilísima substancia sobrepuja tanto todas las otras substancias criadas, que todas ellas y todo este mundo tan grande, apénas es una hormiga delante dél. Pues si esta verdad reconoció y confesó un tan bárbaro y tan mal filósofo, ¿qué será razon que confiese la filosofía cristiana? Esta pues nos enseña, que aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios, este es el mayor de todos, y el que solo, aunque mas no hubiera, merecia todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuerpos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los sanctos, cuyo amor era tan puro y tan desinteresado, que dice dél Sant Bernardo (a): El verdadero y perfecto amor, ni toma fuerzas con la confianza, ni siente los daños de la desconfianza. Queriendo decir: que ni se esfuerza á servir á Dios por lo que espera que le han de dar, ni desmayaria aunque supiese que nada le habian de dar; porque no se mueve á esto por interese, sino por puro amor debido á aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el mas obligatorio, es el que ménos mueve á los ménos perfectos. Lo uno, porque tanto mas los mueve su interese, cuanto mas parte en ellos tiene el amor propio; y lo otro, porque como aun rudos é ignorantes, no alcanzan á entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si desto tuviesen mas entera noticia, solo este resplandor de tal manera robaria sus corazones, que contentos con solo él, no buscarian mas que á él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aquí un poco de luz para que puedan conocer algo mas de la grandeza y dignidad deste Señor. Esta es tomada de aquel sumo teólogo Sant Dionisio, el cual en su mística teología, ninguna otra cosa mas pretende, que darnos á entender la diferencia del Sér divino á todo otro sér criado: enseñándonos (si queremos conocer á Dios) á desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos queriendo medir y sacar á Dios por ellas; sino que dejándolas todas acá bajo, nos levantemos á contemplar un sér sobre todo sér, una substancia sobre toda substancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas, y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparacion es fealdad toda hermosura. Esto nos significa aquella escuridad en que entró Moysen á hablar con Dios (b), la cual le cubria la vista de todo lo que no era Dios, para que así pudiese mejor conocer á Dios (c). Y esto mesmo nos declara aquel cubrirse Elías los ojos con su palio, cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios; porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos (como á cosa tan baja y desproporcionada), cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.

Esto se verá mas claro, si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel sér no criado á todo otro sér criado, que es del Criador á sus criaturas; porque todas ellas vemos que tuvieron principio, y pueden tener fin: mas él ni tiene principio ni puede tener fin. Todas ellas reconocen superior, y dependen de otro: él

(a) Sup. Cant. serm. 85. (b) Exod. 24. (c) 5. Rog. 19.

ni reconoce superior ni depende de nadie. Todas ellas son variables y sujetas á mudanzas: en él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas cada cual de su manera: mas en él no hay composicion por su suma simplicidad; porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden ser mas de lo que son, y tener mas de lo que tienen, y saber mas de lo que saben: mas él ni puede ser mas de lo que es, porque en él está todo el sér, ni tener mas de lo que tiene, porque él es el abismo de todas las riquezas, ni saber mas de lo que sabe, por la infinitud de su saber, y por la excelencia de su eternidad, á la cual todo está presente. Por la cual causa lo llama Aristóteles acto puro, que quiere decir, última y suma perfeccion, tal que no sufre añadidura; porque no es posible ser mas de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento, para que como pobres y necesitadas se puedan mover á buscar lo que les falta; mas él no tiene para que moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque en todo lugar está presente. En todas las otras cosas, así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras: mas en él no puede haber distincion de partes diversas por suma simplicidad. De manera que su sér es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su sér, y su sér es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual aunque tiene contrarios efectos que la justicia (cuales son perdonar y castigar), mas realmente en él son tan una cosa, que su misma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y así en él caben obras y perfecciones al parecer contrarias y admirables, como dice Sant Augustin (d). Porque él es secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable é incomprehensible, sin lugar y en todo lugar, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, el que siempre obra y siempre está quieto, el que todo lo hinche sin estar encerrado, y todo lo provee sin quedar distraído, el que es grande sin cantidad, y por eso inmenso, y bueno sin cualidad, y por eso verdadera y sumamente bueno; ántes ninguno es bueno, sino solo él (e). Finalmente por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprende, así tienen limitado poder á que se estienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares adonde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares difiniciones con que se declaran, y señalados predicamentos, ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana substancia, así como es infinita en el sér, así tambien lo es en el poder, y en todo lo demas; y así ni tiene difinicion que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su propio concepto. Antes, como dice Sant Dionisio, con no tener nombre, tiene todos los nombres; porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres. De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así son comprehensibles; mas solo aquel sér divino, así como es infinito, así es incomprehensible á todo entendimiento criado. Porque como dice Aristóteles, lo que es infinito,

(d) Lib. Medit. cap. 19. (e) Matth. 19.

como no tiene cabo, así con ningun entendimiento puede ser comprendido ni abarcado, sino es con solo aquel que todo lo comprende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos serafines que vió Isaias (a) puestos al lado de la majestad de Dios, que estaban sentados en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrian el rostro de Dios, y con las otras dos los piés del mismo Dios (segun declara un intérprete), sino dar á entender, que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el mas alto lugar en el cielo, y están mas vecinos á Dios, pueden comprender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo á cabo á conocerle, puesto caso que claramente le vean en su misma esencia y hermosura? Porque como el que está á la orilla de la mar, realmente ve la mar en sí misma, mas no llega á ver, ni la profundidad, ni la largura della, así aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por esto mesmo se dice que está Dios sentado sobre los querubines (b) (en quien están encerrados los tesoros de la sabiduría divina) mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprender.

Estas son aquellas tinieblas que el profeta David dice que puso Dios al derredor de su tabernáculo (c), para dar á entender lo que el apóstol significó mas claramente cuando dijo (d): Que Dios moraba en una luz inaccesible adonde nadie podia llegar; lo cual el profeta llama tinieblas, que impiden la vista y comprehension de Dios. Porque, segun dijo muy bien un filósofo, así como ninguna cosa hay mas clara, ni mas visible que el sol, pero con todo esto ninguna hay que ménos se vea por la excelencia de su claridad y por la flaqueza de nuestra vista, así ninguna hay que de suyo sea mas inteligible que Dios, y ninguna que ménos en esta vida se entienda, por esta mesma razon.

Por donde el que en alguna manera le quisiere conocer, despues que haya llegado á lo último de las perfecciones que él pudiese entender, conozca que aun le queda infinito camino que andar; porque es infinito mayor de lo que él ha podido comprender: y cuanto mas entendiere esta incomprehensibilidad, tanto mas habrá entendido dél. Por donde Sant Gregorio, sobre aquellas palabras de Job (e): El que hace cosas grandes é incomprehensibles sin número, dice así: Entónces hablamos con mayor elocuencia las obras de la omnipotencia divina, cuando quedando maravillados y atónitos, las llamamos: y entónces el hombre alaba convenientemente callando; lo que no puede convenientemente significar hablando. Y así nos aconseja Sant Dionisio que honremos el secreto de aquella soberana deidad, que trasciende todos los entendimientos, con sagrada veneracion del ánima, y con un inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude á aquellas del profeta David (f), segun la translation de Sant Hierónimo, que dicen: A tí calla el alabanza, Dios en Sion. Dando á entender que la mas perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando; que es con este casto é inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la incomprehensibilidad y soberanía de aquella inefable substancia, cuyo sér es sobre todo sér, cuyo po-

(a) Isai 6. (b) Daniel. 5. Psal. 105. (c) Psal. 47. (d) 1. Tim. 6. (e) Job. 5. (f) Psal. 64.

der es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya substancia sobrepuja infinitamente, y se diferencia de toda otra substancia, así visible como invisible. Conforme á lo que dice Sant Augustin (g): Cuando yo busco á mi Dios, no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodia de canto, ni olores de flores, ni unguentos aromáticos, ni miel, ni maná delectable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos: nada desto busco cuando busco á mi Dios. Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conoce el gusto, y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto: porque esta luz resplandece donde no hay lugar, y esta voz suena donde el aire no la lleva, y este olor se siente donde el viento no le derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde nunca jamas se aparta.

## §. I.

Y si quieres por un pequeño ejemplo barruntar algo desta incomprehensible grandeza, pon los ojos en la fábrica deste mundo (h), que es obra de las manos de Dios (i), para que por la condicion del efecto, entiendas algo de la nobleza de la causa. Presuponiendo primero lo que dice Sant Dionisio, que en todas las cosas hay ser, poder y obrar, las cuales están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el sér de las cosas, tal es su poder, y cual el poder, tal el obrar. Presupuesto este principio, mira luego cuán hermoso, cuán bien ordenado, y cuán grande es este mundo, pues hay algunas estrellas en el cielo, que segun dicen los astrólogos, son ochenta veces mayores que toda la tierra y agua juntas. Mira otrosí cuán poblado está de infinita variedad de cosas que moran en la tierra, y en el agua, y en el aire, y en todo lo demas: las cuales están fabricadas con tan grande perfeccion, que (sacados los monstruos á parte) en ninguna hasta hoy se halló, ni cosa que sobrase, ni que le faltase para el cumplimiento de su sér (k). Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo (segun el parecer de Sant Augustin) crió Dios en un momento, y sacó de no ser á ser: y esto sin tener materiales de que la hiciese, ni oficiales de que se ayudase, ni herramienta de que se sirviese, ni modelos ó dibujos exteriores en que la trazase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase, sino con sola una simple muestra de su voluntad, salió á luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira mas, que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar si quisiera, millares de cuentos de mundos, muy mas grandes, y mas hermosos, y mas poblados que este; y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera aniquilar y deshacer, sin ninguna resistencia.

Pues dime agora, si como se presupuso de la doctrina de Sant Dionisio, por los efectos y obras de las cosas conocemos el poder de las cosas, y por el poder el sér, ¿cuál será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprehensible es este poder, ¿cuál será el sér

(g) Lib. 10. confessionum, cap. 6. et in soliloq. cap. 31. (h) Psal. 18. (i) Rom. 1. (k) Clemente Alejandrino. Funda-e en aquello Ecol. 18. Ille autem qui vivit in æternum creavit omnia simul.



que se conoce por tal poder? Esto sin duda sobrepuja todo encarecimiento, y entendimiento. Donde hay aun mas que pensar, que estas obras tan grandes, así las que son, como las que pueden ser, no igualan con la grandeza deste divino poder, ántes quedan infinitamente mas bajas, porque infinitamente mas es á lo que se estiende este infinito poder. Pues, ¿quién no queda atónito y pasmado, considerando la grandeza de tal sér y tal poder? Al cual aunque no vea con los ojos, á lo ménos no puede dejar de barruntar por esta razon, cuán grande sea, y cuán incomprehensible.

Esta inmensidad infinita de Dios declara Sancto Tomás en el compendio de la Teología, por este ejemplo. Vemos (dice él) que entre las cosas corporales, cuanto una es mas excelente, tanto es mayor en cantidad. Y así vemos ser mayor el agua que la tierra, y mayor el aire que el agua, y mayor el fuego que el aire, y mayor el primer cielo que el elemento del fuego, y mayor el segundo cielo que el primero, y mayor el tercero que el segundo: y así subiendo hasta la décima esfera, y hasta el cielo empirio, que es de inestimable é incomparable grandeza. Lo cual se ve claro por cuán pequeña es la redondez de la tierra y del agua, en comparacion de los cielos; pues los astrólogos dicen que es un punto á respecto del cielo. Lo cual demuestran claramente, porque estando el cerco del cielo repartido en doce signos, por do anda el sol, de cualquier parte de la tierra se ven los seis perfectamente; porque la altura y eminencia de la tierra, no ocupa mas de lo que ocuparía una hoja de papel, ó una tabla que estuviere en medio del mundo, de donde sin impedimento se vería la mitad del cielo. Pues siendo el cielo empirio, que es el primero y el mas noble cuerpo del mundo, de tan inestimable grandeza sobre todos los otros cuerpos, por aquí se entiende (dice Sancto Tomás) cómo Dios que sin ninguna limitacion es el primero, y el mayor, y el mejor de todas las cosas, así espirituales como corporales, y el hacedor dellas, ha de sobrepujar á todas ellas con infinita grandeza; no en cantidad (porque no es cuerpo) sino en la excelencia y nobleza de su perfectísimo sér.

Pues descendiendo agora á nuestro propósito, por aquí podrás en alguna manera entender cuáles sean las perfecciones y grandezas deste Señor; porque tales es necesario que sean, cual es su mismo sér. Así lo confiesa el Eclesiástico (a) de su misericordia, diciendo: Cuan grande es el sér de Dios, tan grande es la misericordia de Dios; y no ménos lo son todas las otras perfecciones suyas: de manera que tal es su bondad, su benignidad, su majestad, su mansedumbre, su sabiduría, su dulzura, su nobleza, su hermosura, su omnipotencia, y tal tambien su justicia. Y así es infinitamente bueno, infinitamente suave, infinitamente amoroso, é infinitamente amable, é infinitamente digno de ser obedecido, temido, acatado, y reverenciado. De suerte que si en el corazon humano pudiese haber amor y temor infinito, y obediencia y reverencia infinita, todo esto era debido en ley de justicia á la dignidad y excelencia deste Señor. Porque si cuanto una persona es mas excelente y mas alta, tanto se le debe mayor reverencia, necesariamente se sigue, que siendo la excelencia de Dios infinita, se le debe reverencia infinita. De donde se infiere que todo lo que falta á nuestro amor

(a) Eccle. 2.

y reverencia para llegar á esta medida, falta para lo que se debe á la dignidad desta grandeza.

Pues siendo esto así ¿qué tan grande es la obligacion que nos pide solo este título (aunque mas no hubiera) al amor y obediencia deste Señor? ¿Qué ama quien á esta bondad no ama? ¿Qué teme quien á esta Majestad no teme? ¿A quién sirve quien á este Señor no sirve? ¿Para qué se hizo la voluntad, sino para abrazar y amar al bien? Pues si este es el sumo bien, ¿cómo no lo abraza nuestra voluntad sobre todos los bienes? Y si tan grande mal es no amarle y reverenciarlo sobre todas las cosas, ¿qué será tenerlo en ménos que todas ellas? ¿Quién pudiera creer que hasta aquí pudiese llegar la maldad del hombre? Pues realmente hasta aquí llegan los que por un deleite bestial, ó por un pundonor de honra, ó por dos maravedís de interese, desprecian y ofenden á esta bondad. Y aun mas adelante pasan los que pecan de balde, que es por sola maldad y costumbre, sin haber por eso algun interese. ¿A tanto ha llegado el desalmamiento del mundo? ¡Oh ceguedad incomparable! ¡Oh insensibilidad mas que de bestias! ¡Oh atrevimiento digno de los demonios! ¿Qué merece quien esto hace? ¿Con qué se castigará dignamente el desprecio de tan grande Majestad? Claro está que con ninguna pena menor que con la que está á los tales aparejada, que es arder para siempre en los fuegos del infierno, y con todo esto no se castiga dignamente.

Este es pues el primer título por donde estamos obligados al amor y servicio deste Señor; la cual obligacion es tan grande, que todas cuantas obligaciones podemos tener en el mundo á diversos géneros de personas por razon de sus excelencias y perfecciones, no se pueden llamar obligaciones, comparadas con esta. Porque así como todas las otras perfecciones criadas, comparadas con las divinas, no son perfecciones, así todas las obligaciones que nascen destas mismas excelencias y perfecciones, no se llaman obligaciones en presencia desta; como tampoco todas las ofensas hechas á puras criaturas se llaman ofensas, comparadas con la que se hace al Criador. Por lo cual dijo David en el salmo de la penitencia (b): Que contra solo Dios habia pecado; como quiera que tambien habia pecado contra Urías á quien mató, y contra su mujer á quien deshonoró, y contra todo su reino á quien escandalizó. Mas con todo esto dice que habia pecado contra solo Dios, porque sabia él muy bien que todas estas ofensas y deformidades eran nada en comparacion de la fealdad que este pecado tenia, por ser contra lo que Dios mandó. Y así la consideracion desta deformidad lo afligia tanto, que no hacia caso de todas las otras en comparacion desta, porque así como Dios es infinitamente mayor que toda otra criatura, así es infinitamente mayor en su manera la obligacion que le tenemos, y la ofensa que le hacemos; y de finito á infinito no puede haber proporcion.

## CAPITULO II.

Del segundo título que nos obliga á la virtud y servicio de nuestro Señor, por razon del beneficio de la creacion (c).

No solo estamos obligados á la virtud y obediencia de los mandamientos divinos, por lo que Dios es en sí, sino tambien por lo que es para nosotros: que es por razon

(b) Psal. 50. (c) De los beneficios divinos se trata en el libro de la Oracion, 4 p. en la consideracion del domingo en la noche; y en la 2 p. del Mem. y en las Add.

de sus innumerables beneficios. De los cuales aunque habemos tratado en otros lugares para otros propósitos, pero aquí trataremos dellos, para que por ellos veamos las grandes obligaciones que tenemos al servicio del dador.

Entre estos beneficios el primero es el de la creacion: del cual por ser tan conocido, solamente diré que por este beneficio está el hombre obligado á emplearse todo en el servicio del Señor que le crió, porque segun toda ley, es el hombre deudor de todo lo que ha recibido. Y pues por este beneficio recibió el sér que tiene (que es el cuerpo con todos sus sentidos, y el ánima con todas sus potencias) síguese que todo esto está obligado á emplear en su manera en el servicio del Hacedor, so pena de ser ladrón y desconocido á quien tanto bien le hizo. Porque si un hombre hace una casa, ¿á quién ha de servir esta casa, sino al dueño que la hizo? Y si planta una viña, ¿cuyo ha de ser el fruto della, sino del que la plantó? Y si un padre tiene un hijo, ¿á cuyo servicio está mas obligado, que al del padre que le engendró? Y por esta causa dicen las leyes que es inestimable el poder del padre sobre sus hijos: el cual se estiende á tanto, que por derecho lo puede vender estando en necesidad; porque por haberles dado el sér que tienen, queda hecho tan señor dellos, que puede disponer dellos en esta forma. Pues si tan grande es el señorío que el padre tiene sobre su hijo, ¿cuál será el que tiene aquel de quien se deriva todo el sér de padres en el cielo y en la tierra (a)? Y si, como dice Séneca, los que recibieron beneficios, son obligados á imitar las tierras fértiles, las cuales dan mucho mas de lo que recibieron, ¿cómo responderemos á Dios con esta manera de agradecimiento? pues no le podemos dar mas de lo que dél recibimos, por mucho que le demos. Y si no guarda esta ley el que no da mas de lo que recibió, ¿qué diríamos del que aun no da lo que recibió? Y si, como dice Aristóteles, á los dioses y á los padres no se puede pagar enteramente la deuda que se les debe, ¿qué se podrá pagar á Dios que tanto mas nos tiene dado que todos los padres del mundo? Y si tan grande mal es ser un hijo rebelde y desobediente á su padre, ¿qué será serlo á Dios, que por tantos títulos es padre, en cuya comparacion ninguno merece título de padre? Por esto, con mucha razon se queja él de los tales por un profeta, diciendo (b): Si yo soy vuestro Padre, ¿donde está la honra que me debeis? Y si soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me teneis? Y contra estos mismos se indigna otro profeta con palabras mas encendidas, diciendo (c): Generacion mala y adúltera, pueblo loco y necio, ¿esta es la paga de tantos beneficios que das á tu Señor? ¿Por ventura no es él tu Padre, que te hizo y te crió? Estos son los que ni levantan los ojos al cielo, ni los vuelven á sí mismos acordándose de sí (d): porque si esto hiciesen, preguntarian á sí por sí, y procurarian saber su primer origen y principio: que es, quien los hizo, y para qué los hizo, y por aquí entenderian lo que debian hacer. Mas porque esto no hacen, viven como si ellos mismos se hubieran hecho: como vivia aquel malaventurado rey de Egipto, á quien amenaza Dios por un profeta, diciendo (e): Contigo lo habré yo, dragon grande, que estás tendido en medio de tus rios, y dices: míos son los rios, yo me hice á mí mismo. Las cuales palabras, á lo ménos por la práctica, dicen todos aquellos que así viven descuidados de

su Criador, como si ellos mismos se hubieran hecho, y no reconocieran hacedor. Mejor lo hacia el bienaventurado Sant Augustin (f), el cual por este conocimiento de su principio, vino en conocimiento de su Criador. Y así dice él en un soliloquio: Volví á mí, y entré en mí, y preguntéme: tú ¿quién eres? Y respondíme: hombre racional y mortal. Y comencé á inquirir lo que esto era, y dije: ¿de dónde tuvo principio, Dios mio, este animal? ¿De dónde sino de tí? Tú eres el que me heciste, y no yo. Tú eres por quien yo vivo, y por quien todas las cosas son y viven. Porque ¿por ventura puede ser alguno artífice de sí mismo? ¿Por ventura hay otro de quien se derive el ser y el vivir, sino de tí? ¿Por ventura no eres tú el sumo Sér de quien mana todo ser? No eres fuente de vida de quien procede toda vida? Tú pues, Señor, me heciste, sin el cual nada se hace. Tú eres hacedor mio, y yo obra tuya. Gracias pues sean dadas á tí, Señor, por quien yo vivo, y todas las cosas viven. Gracias á tí, formador mio, porque tus manos me formaron é hicieron (g). Gracias á tí, luz mia, porque con tu luz hallé á tí, y hallé tambien á mí.

Este es pues el primero de los beneficios divinos, y el fundamento de todos los otros. Porque todos ellos presuponen ser, el cual por este beneficio se nos da; y así se comparan todos con él, como accidentes con la substancia donde se subjectan: para que por aquí veas cuán grande sea este beneficio, y cuán digno de ser agradecido. Pues si tanto cuidado tiene Dios de pedir agradecimiento por sus beneficios (aunque esto no por su provecho, sino por el nuestro) ¿qué pedirá por este, que es el fundamento de todos los otros? Mayormente siendo esta la condicion de Dios, que así como es liberalísimo en hacer mercedes, así es estrechísimo (si así se puede llamar) en pedir agradecimiento; no por razon de su provecho, sino por la obligacion de nuestro oficio. Y así leemos en el Testamento Viejo, que apenas acababa de hacer á su pueblo un beneficio, cuando luego daba orden cómo hubiese perpetua memoria y agradecimiento dél. Y así en sacando su pueblo de Egipto, luego á la hora, ántes aun de la salida, mandó que se hiciese una fiesta solemníssima cada año en memoria dél (h). Mató tambien para este fin todos los primogénitos de los egipcios, y luego mandó que todos los primogénitos del pueblo, que de ahí adelante naciesen, se le ofreciesen en memoria deste beneficio (i). Proveyóles luego de maná cuarenta años en el desierto, y en comenzándolo á enviar, mandó que se cogiese cierta cantidad dél en un vaso, y se guardase en el santuario (k); para que todas las generaciones advenideras tuviesen memoria de aquel beneficio (l). De ahí á poco dióles una victoria muy señalada contra Amalec: y acabada la victoria, dijo luego á Moysen (m): Escribe esta victoria en un libro para perpetua memoria della, y entrégalo á Josué. Pues si tan especial cuidado tuvo este Señor de proveer cómo hubiese en la memoria de su pueblo eterno agradecimiento de beneficios temporales, ¿qué pedirá por este beneficio inmortal, pues el ánima que él nos dió es inmortal? De aquí procedia el cuidado que los santos patriarcas tenian de edificar altares (n), y hacer memorias cada vez que recibian algun particular beneficio de Dios (o): de tal manera, que aun en los nombres de los mismos hi-

(f) Lib. 40. Confess. c. 6, et in Soliloq. c. 51. (g) b. 40. (h) Exod. 12. (i) Exod. 13. (k) Exod. 16. (l) Exod. 17. (m) Gen. 12. 13 et 22. (n) Gen. 41.

(a) Ephes. 3. (b) Mal. 1. (c) Deut. 32. (d) Psal. 46. (e) Ezech. 29.